

Mi conjura literaria

Sealtiel Alatryste

Hace poco más de veintiséis años, Carlos Fuentes era embajador en Francia, y el 20 de noviembre recibió una llamada de un colega del cuerpo diplomático. Carlos pensó que lo llamaba para felicitarlo en fecha tan señalada para la historia de México, pero para su sorpresa el embajador le preguntó —palabras más, palabras menos— que si no le parecía una exageración haber izado la bandera porque se había muerto el general Franco. Fuentes le contestó que no era por la muerte del dictador español (que efectivamente había acaecido ese día) por lo que había puesto a ondear la bandera, sino porque estaba celebrando el sexagésimo quinto aniversario del inicio de la Revolución Mexicana. Más allá del chusco incidente, me parece que es un buen ejemplo para mostrar de qué manera historia, política, humor involuntario están entreverados en nuestra realidad. Para muchos, los mexicanos llevamos historia en vez de sangre corriéndonos por las venas; y, para otros, ésa es la razón por la que nos ponemos solemnes cada vez que creemos “estar haciendo historia”. Ésta, llamémosle tendencia conductual, ha provocado que en lo que se refiere a “frases célebres” hayamos roto varios récords de la Guinness. Sin embargo, esta misma tendencia ha ido palideciendo, y para las nuevas generaciones la Revolución Mexicana parece tan poco significativa como para aquel embajador que llamó a Carlos Fuentes.

Nuestra Revolución da la impresión de ser un hecho lejano e incierto. Fue la primera del siglo pasado, y transformó el país no sólo por su cauda de violencia, sino porque revirtió todas las formas de la vida nacional, desde las sociales y económicas, hasta las culturales y políticas. Fue, más que un movimiento armado, la toma de conciencia de una nación que se debatía entre la pobreza, la ignorancia, y una dictadura que duraba más de treinta años. Nos guste o no, nada fue igual después del 20 de noviembre de 1910.

Quizá la suerte, o la mala suerte, como ustedes quieran, hizo que el movimiento estuviera a punto de abor-

tarse porque se descubrió la conspiración que actuaba en la ciudad de Puebla, y el ejército federal atacó la que entonces era la casa de mi familia (hoy Museo de la Revolución). Ahí perdieron la vida mis tíos, Aquiles y Máximo Serdán Alatryste, pero Carmen, la hermana que los sobrevivió, dio un grito de advertencia que, sin haberlo escuchado, me ha acompañado a lo largo de mi vida. Dicen que cuando los militares rodearon su casa y apuntaron sus rifles contra la fachada, Carmen Serdán apareció en un balcón y gritó: “Mexicanos, no vivan de rodillas”. Los soldados, sorprendidos por su valentía, no atinaron a disparar sino hasta que el medio cuerpo de mi tía había desaparecido tras la cortina. Después comenzó un zafarrancho. Cuando los hermanos Serdán fueron derrotados el país se había levantado en armas.

Entre todos los instantes de la Revolución, no solamente por lo que familiarmente me toca, sino por su trascendencia para las futuras generaciones de mexicanos, ése es el momento que me parece más significativo. Hubo muchos otros, el país se debatió cerca de veinte años en inacabables guerras entre facciones encontradas, grupos guerrilleros, caudillos que se aferraban al poder, y hombres de buena voluntad que lucharon por sacar a México de la postración en la que vivía, pero yo seguiría rescatando ese primer instante —primigenio e inspirado— en que Carmen Serdán nos ordenó con un perfecto endecasílabo que no viviéramos de rodillas.

Ha pasado casi un siglo desde entonces y a muchos debe parecerles un tanto trasnochado que me acuerde con tal intensidad de aquel movimiento armado. El mundo ha cambiado, me dirán, la economía es otra, las sociedades se han globalizado, los valores que nos sostienen no tienen nada que ver con aquel pasado y, aun, George W. Bush ha inventado un cruel oxímoron: liberar a un país matando a sus ciudadanos. ¿Qué tienen que hacer ahora los valores de una revolución de hace un siglo? Recuerdo que en el México de los años ochenta leí una pinta en una barda que decía:

Si alguien ha encontrado a la Revolución Mexicana, que la regrese a sus dueños.

Hacía alusión a la larga, larguísima, y prolongada estancia del PRI en el gobierno, y ponía de manifiesto que los postulados reivindicativos de la Revolución tenían que adecuarse a la actualidad. ¿Para qué seguir, entonces, duro que dale con la misma cantaleta?

Con la llamada novela de la Revolución pasa lo mismo: para casi todos es un género superado y hasta cursi. Pero yo sigo, duro que dale, con que aquel movimiento significó mucho para México, y no puedo evitar que la piel se me ponga de gallina cada vez que pienso en Carmen Serdán. “¡Ay, qué ganas”, me digo, “de escribir una novela de la Revolución! ¿Qué ganas de escuchar a mi tía gritando su endecasílabo en las páginas de un relato!”.

¿Cómo y para qué, me preguntarán ustedes, vuelvo la mirada a un género que ha agotado sus recursos? ¿Para qué leer, para qué escribir novelas sobre una revolución caduca? De Mariano Azuela a Martín Luis Guzmán; de las memorias de Vasconcelos a las del general José Guadalupe Arroyo (que Jorge Ibargüengoitia publicó con el título soez de *Los relámpagos de agosto*); de *Se llevaron el cañón para Bachimba* a *Gringo viejo*, se han abarcado todos los registros, se han novelado todas las batallas, y se han inventado todos los personajes. ¿No es insistir demasiado en la vigencia que la historia tiene para los mexicanos? Táchenme de trasnochado, repito, pero yo seguiré insistiendo que me gustaría narrar la verdadera naturaleza —la actual, la que todavía rige el anhelo democrático del México del día de hoy— que se inició con el grito de una mujer, quien, con su súplica, con su inacabado soneto, hizo que este país cambiara. “Mexicanos, no vivan de rodillas”.

Con este grito de guerra resonando en la cabeza, hace algunos años escuché un relato que don Antonio Carrillo Flores contaba a sus amigos. “La moderna política exterior mexicana”, dijo don Antonio para abrir boca, “fue inventada por Luis Cabrera y don Venustiano Carranza, cuando el presidente Wilson amenazó con invadirnos”. Se refería a la amenaza que siguió al secuestro, o falso secuestro, de William Jenkins, el Cónsul Honorario de los Estados Unidos en la ciudad de Puebla. Nadie sabía qué había pasado pero un día los periódicos anunciaron que la tropa zapatista (o lo que quedaba de ella después del asesinato de Emiliano) había raptado al cónsul gringo radicado en Puebla de los Ángeles. Y sin decir agua va, Carranza recibió un telegrama: “Liberen al cónsul o los invadimos”, amenazaba el presidente Wilson. “El Primer Jefe llamó a Luis Cabrera, su fiel consejero”, agregó don Antonio Carrillo Flores, “y le preguntó qué podían hacer. Don Luis apenas dudó un instante. Mire, don Venus —aconsejó—, escríbales a estos malandrines un telegrama que

no entiendan, que leído de una forma les haga pensar que pide perdón, pero que leído de otra les haga suponer que está declarándoles la guerra”. Carranza soltó una carcajada y dijo que mejor iba a escribir dos telegramas, uno de perdón y otro belicoso. Así lo hizo, pero antes de mandarlo a Washington alternó sus frases en uno solo. Los gringos se quedaron turulatos cuando lo leyeron y no tuvieron la menor idea de lo que el Primer Jefe de la Revolución Constitucionalista quería decirles. “Ése fue el principio”, concluyó don Antonio, “de nuestra sabia política exterior”.

Durante los últimos doce años he estado tratando de escribir una novela que narre este doble origen de nuestra manera de ser: la marrullería contenida en el consejo de Luis Cabrera, y la dignidad que nos heredó el endecasílabo de Carmen Serdán. Por qué me importa tanto la historia, me he preguntado multitud de veces, para qué quiero inventar un pasado si lo que necesitamos es hacernos de un futuro. O no tengo respuesta, o no quiero responderme, da igual, pero he querido escribir, averiguar, poner en palabras ese pasado para que, por la magia de la literatura, pueda creer en otro futuro.

Para escribir esa novela me encontré, sin querer, con las memorias de un tío abuelo del que no sabía nada fuera de que fue amigo de Salvador Novo y Julio Torri: Uriel Eduardo Alatraste. Fue una especie de Zahir, diría Borges, que me ayudó a descifrar mis dudas. Mi tío Uriel fue hijo del primer Rafael Alatraste que hubo en Puebla. Este Rafael fue un hombre bragado, charro, juga-

Sealtiel Alatraste CONJURA EN LA ARCADIA

colección andanzas





Carmen Serdán



Aquiles Serdán

dor y gallero, que murió del balazo que le dieron en la frente en una trifulca que hubo en un palenque. Según me contaron cuando averiguaba su historia, un tipo se la había jurado porque sedujo a la más pequeña de sus hijas. Muy a pesar de que estuviera enamorado de la chamacaca, Rafael salió corriendo nomás de pensar que un padre encabronado pudiera acabar con su vida de crápula, y anduvo a salto de mata por la sierra, sin pensar en volver a poner un pie en Puebla. Pero un día consiguió un gallo que le sorbió el seso, le hizo olvidar las amenazas del padre celoso y, creyéndose poseedor de un salvoconducto contra los malos agüeros que pesaban sobre su cabeza, se presentó en la feria del barrio de Santa Clara alardeando de que traía un gallazo. Rafael no supo calcular el dolor que le había infligido al padre burlado, pero cuando éste escuchó la noticia de que Alatraste andaba merodeando el palenque, se fue a la cantina y encontró a su enemigo bebiéndose un tequila en la barra. “¿Te acuerdas de lo que te prometí, Rafita?”, fue lo único que le preguntó desde la puerta. Al pobre de Rafael no le dio tiempo más que de volverse, ver al animal que lo apuntaba con un pistolón, y recibir en medio de los ojos el balazo que se lo llevó de este mundo.

Esta escena, que parece de *spaghetti western*, fue el origen trágico-cómico de la vida de Uriel Eduardo: dos meses después de aquella muerte malhadada, una mujercita enclenque se presentó en casa de la familia Alatraste con un niño en brazos. Tendría apenas dieciocho años, y según escribió mi tía Carmen en su diario, lucía bajo una frente amplia los ojos negros que Uriel Eduardo habría de heredarle. Cuando le abrieron el zaguán ni si-

quiera saludó, y moqueando le entregó su bebé a la señorita Serdán, que entonces era una adolescente y no sospechaba lo que la Historia de México le tenía deparado. “Su primo Rafael me embarazó de este chilpayate y yo de plano no me lo puedo quedar”, le dijo. “Mi padre me ha despreciado y no tengo dónde vivir. Ahí se lo encargo porque usted lo podrá educar mejor que yo, patroncita”. Le aventó el infante a los brazos y se echó a correr. Mi tía Carmen no dijo ni pío. A Carmen Serdán, hay que reconocerlo, el destino siempre la tomó por asalto.

Encontré la memoria y herencia de mi tío, contenida en unas cartas que le envió a don Horacio Labastida al mediar la década de los sesenta, y que me sirvieron de inspiración cuando don Horacio me las regaló. Desde la primera línea supe que él sería el narrador del relato en que novelaría el secuestro de William Jenkins y diera cuenta del destino de Carmen Serdán; donde narraría el arreglo político que sirvió para evitar las secuelas de aquel secuestro, y desvelaría quiénes fueron los beneficiarios de los convenios que hizo el gobierno mexicano para que los gringos no nos invadieran.

Durante doce años escribí esa novela, doce años en que me he preguntado por qué la historia de mi tía Carmen me tiene marcado, doce años en que he pergeñado lo que yo llamo mis mitos chabacanos, doce años de elaborar una novela que he llamado *Conjura en La Arcadia*, doce años para narrar cómo me encontré con la Revolución Mexicana e intenté devolvérsela a los que creo son sus verdaderos dueños, los lectores de la lengua española. Doce años, para decirlo en breve, en que elaboré mi conjura literaria.